

RESUMEN DE LA CONFERENCIA "RASTROS CERVANTINOS EN EL JOVEN EULALIO FERRER RODRÍGUEZ", DE J. R. SAIZ VIADERO

Aunque la información más extendida acerca de la relación de Eulalio Ferrer Rodríguez con la figura cervantina de Don Quijote de la Mancha suele remontarse a las notas por él mismo proporcionadas en su libro *Entre alambradas. Diario de un campo de concentración*, cuya primera edición fue publicada en México en el año 1987 pero cuya escritura original procede de poco después de su llegada al exilio francés durante el invierno de 1939, buscando antecedentes de esta relación entre ambos personajes hemos de trasladarnos a algunos años antes, cuando el ahora soldado solamente era un niño.

El propio Eulalio nos habla de sus lecturas escolares de las páginas del *Quijote*, cuyo autor considerará todavía muchos años después como uno de sus escritores favoritos, junto a Benito Pérez Galdós y Víctor Hugo. Gracias a las reiteradas consultas efectuadas en la hemeroteca santanderina hemos podido localizar algunos datos acerca de la afición al teatro y a la interpretación que ya tenía en sus años infantiles. Y consecuencia derivada de tal afición se encuentra su intervención como actor en una representación celebrada en el improvisado escenario de la Escuela Laica de Santander de dos de los más conocidos entremeses cervantinos: *La guardia cuidadosa* y *Los habladores*, ambos bajo la dirección del también rapsoda Antonio de Poo, y con la participación de un compañero de estudios cuya relación habrá de recuperar a su retorno a Santander: Eusebio del Prado, conocido como “El pionero” .

Para ello, hemos de retrotraernos al mes de octubre de 1935, cuando el joven Eulalio contaba sólo 15 años y se registra su participación en el mencionado Cuadro Artístico de la Escuela Integral y Laica de Santander.

En las páginas de su diario ha quedado constancia escrita de ese periodo de formación artística: “Desfilan por mi retina la diversidad de tipos humanos a los que he dedicado hoy mi incorregible tendencia a la observación cuidadosa. Gestos y miradas cuyas intensidades y diferencias advierto o descubro con creciente facilidad. Tanto, que ver los ojos me sirve para una imaginaria lectura de manos, en la que cada vez soy más solicitado. Es un truco que aprendí de García Lorca en los días inolvidables de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, cuando él dirigía la *Barraca* y yo, con los compañeros de la Escuela Laica, representaba *Fuente Ovejuna*, *La cueva de Salamanca* y *Los habladores*. ¿No será este *Diario* una posible fuente de datos para una magna obra escénica?”.

Ya en los campos franceses de internamiento Eulalio Ferrer acudirá a las composiciones poéticas, dirigidas a su particular Dulcinea, representada en la figura de una joven de 17 años llamada Silvia Morancho, compañera de extrañamiento de sus hermanas Estrella y Rosita, y con la cual no solamente sueña sino también mantiene esa correspondencia epistolar a la que tan aficionado será a lo largo de toda su vida. Otra Dulcinea aparecerá en sus ensoñaciones literarias: “por mi cabeza anda la inquietud de una novela, que reflejaría la experiencia de la guerra, sobre el fondo sentimental de Santander, con el encuentro en México de Finuca, la primera chica que besé, bajo destinos inconciliables. Soñar en días de guerra, soñar en el amor, es un ejercicio de vitalidad mental”, escribirá en su diario.

Y, sobre todo, a los dos les unen estrechamente en la distancia de los siglos transcurridos las páginas de *El Quijote*, sirviéndole de escape a Cervantes durante su estancia carcelaria y al propio Ferrer de sostén y apoyo en su experiencia de confinado en los campos franceses: “Vuelvo con mi *Don Quijote* -escribe-. Le saboreo más intensamente en esta segunda lectura. La primera fue ávida, en un recreo interior que necesitaba, y en una recuperación de mi levísima lectura escolar. ¿Por qué este libro que es referencia indispensable de la lengua española, que es encarnación universal del ser español, no es integrado más adecuadamente, aunque sea en versiones compendiadas, a la enseñanza española? La obra máxima de Cervantes, más que una obra de lectura, es una obra de estudio. Quizás me obsesione el personaje en este clima de ideales en derrota que han de triunfar, pero así lo siento”. Insiste en esa necesidad suya de evadirse soñando con el caballero de la triste figura, quizás de la misma manera que Edmundo Dantés soñaba con llegar a convertirse algún día en el conde de Montecristo, desdoblado en el abate Bussoni para mejor llevar a cabo su venganza reparadora.

Escribe: “Me refugio en el *Quijote*. He pegado las hojas desprendidas y es un libro que no dejo a nadie. Me disculpo por el egoísmo, pero es una lectura a la que vuelvo una y otra vez. Es un personaje con el que convivo; me parece actual. Sobre el estilo del ayer, más allá de sus figuras pintorescas, flotan sus ideas de hoy, resaltadas por los hechos que vivimos, por los tipos que nos rodean. No sólo leo a Don Quijote, lo veo. Me parece un ser de carne y hueso. En cada rostro que contemplo, en cada gesto que observo hay partes de él. Le fuerza descriptiva penetra el ambiente y lo vuelve quijotesco. No estamos en el siglo XVII; estamos en el siglo XX. Es un libro que se adapta al tiempo, que corre con el tiempo. Don Quijote puede retratar una época, pero la trasciende y cobra vida en cada época. El tiempo es un multiplicador de sus resonancias. Cervantes quiso hacer famoso a Don Quijote como una ofrenda a Dulcinea. Y su deseo se ha cumplido: no hay un lugar en el mundo donde no se conozcan sus hazañas. Secreto maravilloso de un relato que conjuga la expresión popular

con la escritura imborrable de sus personajes. Cervantes es un escritor del pueblo. Y su obra es un canto a la libertad, una denuncia de las injusticias sociales. No hay lo tuyo y lo mío, sino lo nuestro. Para ser caballero no se necesita ser rico. Las causas de Don Quijote son nobles y desinteresadas. El pueblo es cuna de hidalguía. Hay momento en que las arenas de estas playas se transforman en las llanuras de La Mancha y veo cabalgando a Don Quijote y Sancho, como si fueran personajes reales. Los toco, los oigo, están con nosotros... Cervantes los creó para ser inmortales. ¡Ay, qué alivio leer el *Quijote*! Leerle en un campo de concentración, como minuterero de la hora humana, como descubrimiento de los ideales que justifican la locura del genio para convocar el gobierno de la razón”..

Para, a renglón seguido, reflejar en las líneas de su diario cómo la casualidad le llevó a poder hacerse con el ejemplar que maneja, y que le acompañará durante toda su existencia: “Fue una gran fortuna para mí que esta apretadísima edición 1902 de Calleja cayera en mis manos, libro de cabecera como le llamo. Cuando aquel miliciano extremeño me ofreció el libro, en Port-Vendrès, a cambio de la cajetilla de cigarrillos que llevaba, sin ser fumador, me pareció natural, sin duda ventajoso para mí. Nunca podré agradecer suficientemente la bondad de un regalo así. Nunca el más grande loco de nuestra historia estuvo mejor acompañado. Y no lo digo por mí, que no sé en qué grado lo estaré, sino por todos estos admirables locos con quienes comparto el confinamiento. En cada uno de ellos creo ver un gesto, una mirada, una ilusión de Don Quijote”. A ellos les había dedicado, nada más llegar, alguna de las escasas composiciones poéticas que conocemos de Eulalio Ferrer, y en una de sus estrofas les define así:

*Son los nuevos e ilustres Quijotes
del siglo presente y los venideros.
Son los que lucharon
por toda una era de paz y progreso.
Son los visionarios,
los locos modernos
que a los nuevos Atilas y Martes
pusieron freno
de ríos generosos de sangre española
donada y vertida por todos los pueblos.
No portan banderas
no llevan sus yelmos,
no calzan espuelas,
no empuñan espadas
que los han dejado con los clavileños
de sus ideales*

*y en sus ensueños
por los que lucharon
con tanta bravura y tanto denuedo.*

Son, en definitiva, los personajes representados gráficamente por el magistral pincel de Rodríguez Luna en el cuadro *Don Quijote camino del exilio*, que hoy se encuentra colgado en el Museo Iconográfico del Quijote, creado medio siglo más tarde por Eulalio Ferrer, y en cuya cabeza de refugiados figuran, entre otros, los poetas Antonio Machado y León Felipe.